

VULNERABILIDAD, RECONOCIMIENTO Y REPARACIÓN

PRAXIS CRISTIANA Y PLENITUD HUMANA

Vulnerabilidad, reconocimiento y reparación
Praxis cristiana y plenitud humana

©Carolina Montero Orphanopoulos aci

©Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-02-8897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Septiembre de 2012

ISBN 978-956-8421-72-4
Registro de propiedad intelectual N° 218880

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego

Este es el noveno tomo de la colección **TEOLOGÍA DE LOS TIEMPOS**

Impreso por C y C impresores

Colección Teología de los tiempos

Dirección Colección Teología de los tiempos: Carlos Schickendantz

Dirección editorial: Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva: Beatriz García Huidobro

Diseño de la colección y diagramación interior: Alejandra Norambuena



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

VULNERABILIDAD, RECONOCIMIENTO Y REPARACIÓN

PRAXIS CRISTIANA Y PLENITUD HUMANA

CAROLINA MONTERO ORPHANOPOULOS ACI

**PRÓLOGO DE
JAVIER DE LA TORRE**



**EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO**

CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN



CONTENIDO

PRÓLOGO, <i>de Javier de la Torre Díaz</i>	13
INTRODUCCIÓN.....	27
Notas.....	35
PRIMERA PARTE	37
FUNDAMENTACIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA TRÍADA	37
Capítulo I	
La vulnerabilidad humana	41
Aproximación al término desde la psiquiatría.....	45
Aproximación al término desde la bioética.....	48
Aproximación al término desde la filosofía contemporánea.....	51
Vulnerabilidad humana como dependencia: A. MacIntyre.....	52
Vulnerabilidad humana como fragilidad: M. Nussbaum.....	55
Vulnerabilidad como el ser expuesto al otro: E. Lévinas.....	59
Vulnerabilidad y desprecio: C. Taylor y A. Honneth.....	61
Vulnerabilidad como la ‘labilidad’ del ser humano: P. Ricœur.....	63
A modo de síntesis: aproximación a una definición de vulnerabilidad.....	65
Notas.....	69

Capítulo II

El reconocimiento	77
Aproximación al reconocimiento desde la psicología.....	80
Aproximación al reconocimiento desde la filosofía contemporánea.....	81
Reconocimiento en G.W. F. Hegel.....	81
Reconocimiento en A. MacIntyre.....	83
Reconocimiento en M. Nussbaum.....	86
Reconocimiento en E. Lévinas.....	88
Reconocimiento en A. Honneth.....	90
Reconocimiento en C. Taylor.....	95
Reconocimiento en P. Ricœur.....	98
A modo de síntesis: aproximación a una definición de reconocimiento.....	101
Notas.....	104

Capítulo III

La reparación	111
Aproximación a la reparación desde la psicología.....	113
Aproximación a la reparación desde los derechos humanos.....	116
Aproximación a la reparación desde la filosofía contemporánea.....	122
La noción de lo ‘irreparable’ en V. Jankélévitch.....	122
Lo irreparable y el Tikkun Olam en E. Fackenheim.....	125
La reparación en la filosofía <i>ubuntu</i>	130
A modo de síntesis: aproximación a una definición de reparación..	134
Notas.....	138

Capítulo IV

Vulnerabilidad, reconocimiento y reparación como tríada ética... 145

Las características comunes que las definen..... 146

 La intersubjetividad..... 146

 Su necesaria relación con la búsqueda de la verdad..... 147

 El lenguaje y el símbolo como herramientas 148

 Su potencialidad para desbordar y recrear la realidad inicial... 150

Su articulación como tríada ética 151

Notas 156

SEGUNDA PARTE..... 157

FUNDAMENTOS DE LA TRÍADA ÉTICA

EN LA TEOLOGÍA MORAL..... 157

Notas 159

Capítulo V

La tríada ética en la teología del Antiguo Testamento..... 161

El *rib* como modelo bíblico de reparación..... 164

 La acusación..... 164

 La respuesta del acusado: confesión de la culpa o alegato
 de inocencia..... 168

 El perdón y la restauración de la justicia..... 169

 El fin de la controversia..... 171

Vulnerabilidad y reconocimiento como realidad originaria:

Génesis 2-3 172

 Génesis 2-3 como *rib*..... 174

 La tríada ética en Génesis 2-3..... 175

El movimiento hacia una nueva creación: Isaías 40-55 182

 Isaías 40-55 como *rib*..... 183

 La tríada ética en Isaías 40-55..... 187

Notas 198

Capítulo VI

La tríada ética en la teología del Nuevo Testamento	207
La tríada en la praxis sanadora de Jesús.....	210
Enfermedad como epifanía de la vulnerabilidad.....	211
Jesús repara reconociendo y sanando.....	216
La tríada en las apariciones del Resucitado.....	224
Cuando la vulnerabilidad humana parecía conducir solo a la muerte.....	227
El reconocimiento del Resucitado como punto de inflexión.....	230
Jesús Resucitado se acerca reparando.....	235
Vulnerabilidad, reconocimiento y reparación en el Apocalipsis de Juan.....	242
El Apocalipsis recapitula la historia de la salvación	243
El dinamismo reparador de Jesucristo, el Cordero	245
La nueva Jerusalén, humanidad reparada	247
Notas.....	251

Capítulo VII

La tríada ética en la experiencia humana	261
La tríada ética en la experiencia humana de la justicia	263
La tríada ética en la experiencia humana de la compasión.....	277
La tríada ética en la experiencia humana del perdón	292
Notas.....	304

CONCLUSIONES	317
Nota.....	330

BIBLIOGRAFÍA	331
---------------------------	-----

*A mi padre,
siempre agradecida.*



PRÓLOGO

VULNERABLES Y VULNERADOS, HERIDOS E HIRIENTES, RECONOCIDOS Y OLVIDADOS

En el poema incompleto *Aquileida*, escrito por Estacio en el siglo I, se narra una versión del mito del nacimiento de Aquiles que no aparece en otras fuentes: cuando Aquiles nació, Tetis intentó hacerlo inmortal sumergiéndolo en el río Estigia. Sin embargo, su madre lo sostuvo por el talón derecho para introducirlo en la corriente, por lo que ese preciso punto de su cuerpo quedó vulnerable, siendo la única zona en la que Aquiles podía ser herido en batalla.

El libro de Carolina Montero que presentamos tiene el acierto de comenzar su camino con la vulnerabilidad, condición y raíz de nuestra común humanidad. Todos somos vulnerables y, en todos, nuestra vulnerabilidad ha sido vulnerada. ¿Por qué es este el principio y fundamento de un dinamismo ético inigualable? Me permitiré esbozar una respuesta acompañado de las intuiciones de fondo del libro de Carolina Montero en cinco puntos.

1. Todos somos vulnerables, pues todos somos heridos mientras dormimos, somos heridos en nuestra niñez. Cuando despertamos, cuando la conciencia va avanzando sobre la noche, descubrimos heridas propias y ajenas en nuestro

cuerpo, heridas que han roto la piel, que han dejado huellas en el rostro. La herida es anterior al amanecer de la conciencia adulta. Nacemos en un mundo roto, en un mundo herido, en familias heridas y rotas, de relaciones heridas y rotas. Nacemos del don y de los abismos, de la gracia y del pecado, del compromiso y del olvido, del amor y del odio. Nacemos fuera del Edén, expulsados de territorios virginales y paraísos.

Las heridas quieren hacernos dormir y olvidar. Las heridas tienen muchas veces la tendencia a sumergirse, ocultarse, taparse. Las heridas primeras son guardadas en lo inconsciente para desde ahí determinar nuestra conducta, conformar ese fondo y trasfondo de toda nuestra conducta desde la infancia dormida. Freud habla de lo inconsciente con metáforas espaciales, como un reino lleno de instintos y emociones reprimidas, de situaciones traumáticas y heridas de nuestra infancia que olvidamos como defensa ante los recuerdos dolorosos. Este reino es el reino de las heridas primeras, del primer dolor insoportable. El ser humano no es una psique autoconsciente de sí en un cuerpo. No nos conocemos a nosotros mismos tan directamente, tan racionalmente, tan conscientemente, pues todos estamos en gran parte hundidos en una inconsciencia en la mayoría de los casos provocada por el dolor de las heridas de la infancia y de la familia, del mundo en el que nacemos.

2. Solo cuando nos hacemos conscientes, solo cuando crecemos y despertamos, descubrimos la existencia de heridas en el mundo y en los cuerpos y nos reconocemos heridos por los otros e hirientes con los otros. Solo cuando en la altura de la vida oteamos la conciencia, descubrimos el tejido de la limitación, el dolor, el mal, la injusticia y el pecado con claridad.

Esto se debe a que nuestras relaciones sociales —sanas y enfermas, justas e injustas—, como bien descubrió el joven Marx, son anteriores a nuestra conciencia de ellas y nuestro poder determinarlas. Incluso nuestras creencias —adultas o infantiles, comprometidas o alienantes— están formadas antes de ser aceptadas. Las relaciones sociales plenificantes e hirientes conforman nuestra conciencia antes de emerger. Nada hace sufrir al ser humano más que las relaciones en las que nacemos o nos enredamos. Lo que nos mata o nos da la vida no es el trabajo, sino las relaciones. La adultez y la conciencia, por eso, son el tiempo del reconocimiento, la falta de reconocimiento o el falso reconocimiento personal, familiar, social y cultural, como bien pone de manifiesto Carolina Montero en su libro. Por eso, al hacernos conscientes, lo primero que hacemos es reconocernos referidos, vinculados, lanzados y enredados en relaciones con otros. Al detener la mirada en las heridas curadas sobre la piel recordamos cómo fueron provocadas por otros y cómo se curaron gracias a otros. Esa conciencia es la que nos posibilita, al despertar, reconocer desde la vulnerabilidad vulnerada una realidad externa llena de hambre, injusticia, paro, hacinamiento, muerte, que afecta a los otros y que me afecta a mí. Ese autococonocimiento adulto no intelectualista, sino desde las heridas, más o menos sanadas, es el que nos permite reconocer al otro, sentir las heridas del otro, reconocer al otro-yo herido.

La conciencia, para Freud, no es otra cosa que la capacidad de reconocer el propósito de los propios actos e intenciones. La conciencia conlleva un reconocimiento. La conducta neurótica, por el contrario, es regresiva, huye del presente, está estancada en ciertas situaciones de la primera infancia donde se originó esa situación traumática. Solo recordando esas situaciones de la infancia se puede alterar

la conducta, porque esos recuerdos infantiles han sido reprimidos en el inconsciente y permanecen reprimidos, conformando nuestra conducta neurótica. Por eso, solo se puede alcanzar la madurez desde el reconocimiento de las heridas, bajando a las heridas que siempre hablan de los otros, de los otros que nos construyen y destruyen. No somos esos seres autónomos que postulan los racionalistas. Solo reconociendo las heridas primeras y los propósitos inconscientes —de amor y de odio, de cercanía y distancia, etc.— podemos cumplir con el ideal socrático del “conócete a ti mismo”. Por eso, las heridas propias y ajenas son, a veces, las que nos despiertan, las que abren nuestra conciencia a nuestra común vulnerabilidad humana. Decía C. S. Lewis que el dolor es el altavoz por el que Dios despierta a este mundo de sordos. La conciencia de la vulnerabilidad es, por eso, no solo camino para el reconocimiento propio, sino el camino del reconocimiento del otro, para ver al otro, como señala una y otra vez con razón la autora.

3. Solo la conciencia de las heridas marca un camino de curación. La historia de pecado arroja luz para la historia de salvación. “¡Oh feliz culpa que mereció tan grande salvador!” dice la liturgia cristiana. De igual modo, para Freud, el neurótico —esa persona que en gran parte somos todos— dominado por motivaciones inconscientes solo puede despertar a la conciencia y reconocer lo que hace, tras serle señalado su motivo o deseo más inconsciente. Confesar-reconocer el propósito es lo que distingue al no neurótico freudiano. El neurótico se resiste y no ve, es incapaz de confesar sus motivos. El pecador y el alienado tampoco ven y viven ciegos. Por eso, curarse es percatarse de la verdadera naturaleza de la situación en que uno se halla, ser capaz de enfrentarla en vez

de quedar avasallado por ella. El neurótico es el que no observa bien la realidad ni la de sus deseos interiores ni la que le circunda. Padece rituales compulsivos, le asedian creencias engañosas, no comprende su conducta ni la puede gobernar. El sano es el que se conoce a sí mismo, tiene autodominio y elige sin compulsividad, es el que se reconoce a sí mismo y el que es capaz de ver al otro sin proyecciones, deformaciones y alienaciones.

Carolina Montero plantea una honda cuestión: ¿Qué hacer ante la propia herida? Responde que hay vulnerabilidades que esponjan el corazón y humanizan, pero hay vulnerabilidades que deshumanizan y cierran el corazón. Todas las heridas rompen la piel, pero no todas las sanamos y curamos de la misma manera. Unos arman sus corazones cerrándose a la vulnerabilidad. Se muestran como tanques, seguros, compactos, inmunes al dolor. No quieren reconocer sus heridas, no quieren ver sangre por su vida y por su alrededor. Otros se dejan romper por el dolor propio y ajeno, reconocen sus heridas y las de sus semejantes.

En la herida del otro reconocemos la común vulnerabilidad. Como nos enseñó Hegel, ningún amo se siente reconocido si reduce a su esclavo a objeto o cosa. Cuando ambos descubrimos que tenemos carne y sangramos, tenemos heridas y sufrimos, tenemos vida y estamos amenazados por la muerte, se produce un cambio profundo en la relación, aparece el reconocimiento de la común humanidad, una sutil hermandad en la carne.

El nazareno, símbolo hondo de lo humano, vulnerable y vulnerado desde el nacimiento (“no había posada” y tuvo que nacer en un portal), salió a los caminos del dolor y se dejó alcanzar por el sufrimiento de los otros. Así es como llegó a reconocer a los otros pecadores, paganos, enfermos

y extranjeros que su sociedad excluía y se negaba a reconocer y ver. No buscó el sufrimiento, pero su compasión por los otros le llevó irremediamente a sufrir por los otros y con los otros. Tanto es así que el Vulnerable que reconoció hermanos donde tantos veían extraños, terminó vulnerado, entregado, crucificado, vituperado, negado. Jesús fue el no-reconocido, el no-comprendido por sus familiares y amigos, por sus discípulos y su pueblo, el que fue crucificado fuera de las murallas, el que su propio pueblo rechazó y gritó que lo crucificaran. Como Aquiles, tuvo un punto débil, una profunda debilidad que no fue otra que dejarse conmovir por el dolor y el sufrimiento de los seres humanos y desde la común vulnerabilidad-humanidad reconocer a todos como hermanos, hijos de un mismo Padre.

4. La conciencia que se conoce y reconoce despierta para la tarea. El proyecto del ser humano es la curación de las heridas propias y ajenas y la liberación de nuestras cadenas, pecados, alienaciones, regresiones, limitaciones. No se trata, como nos recuerda Jesús con la parábola del buen samaritano, de saber quién es mi prójimo, sino de hacerse prójimo. Como dice la famosa parábola budista:

Un hombre fue alcanzado por una flecha envenenada. En seguida, sus parientes y amigos llamaron a un médico. ¿Qué ocurriría si el enfermo dijese: Yo no quiero dejar que se vende mi herida hasta que se sepa quién es el hombre que me ha alcanzado con su flecha? ¿Cómo acabaría esto? El hombre moriría por su herida.

Las heridas propias y ajenas invitan a actuar. El ser humano cuando despierta no se puede quedar contemplando el borde del camino, sino que tiene que pasar a la acción en las cunetas de los caminos. Como el samaritano, hay que parar, bajarse, vendar, cargar y encargarse de la persona herida. La descripción consciente de la realidad hiriente tiene el tono del profeta que habla de la injusticia de tal manera que hace cambiar la conducta del pueblo. Descripción y valoración se funden admirablemente. La mirada a la herida está entretejida con la mano tendida que se acerca. El autoconocimiento y el reconocimiento llevan irremediamente a luchar por cambiar el mundo y cambiarse a uno mismo. Pero para cambiar el mundo y las circunstancias tenemos que cambiarnos los individuos y para cambiarnos tenemos que involucrarnos en cambiar el mundo que nos rodea. Solo los que se encargan de cambiar el mundo pueden esperar ver el mundo correctamente. Marx sabía que una pasiva introspección solo da una más apacible siesta. No se trata de comprender el mundo, sino de transformarlo. Y en esa transformación nos cambiamos cargando con la realidad, encargándonos de la realidad y comprometiéndonos con el mundo. Nos cambiamos reconociendo nuestros verdaderos propósitos, deseos y motivos, nuestros propios intereses sociales y nuestro contexto sociocultural y reconociendo las huellas y heridas del pasado que condicionan nuestro presente.

5. Hoy la tarea en este mundo postmarxista no puede ser una historia de lucha entre seres humanos, una competencia neoliberal o un anarquismo hobbesiano. Es necesario buscar nuevas sendas más allá de Marx, Hobbes o Nozick. La historia no es una historia de luchas entre explotadores y explotados, propietarios y siervos, libres y esclavos, santos

y pecadores, sanos y neuróticos. Hay que cambiar muchas condiciones sociales limitantes y muchas limitaciones personales, pero no unos contra otros, una clase contra otra, un partido contra otro.

Lo que cambia la historia es un corazón vulnerable-vulnerado que se conoce y reconoce herido e hiriente y que, compasivo ante las heridas de los otros, alarga su mano espontáneamente ante las heridas del otro. El texto clásico de Mencio lo explica de manera singular:

Mencio dijo: Cualquier persona está dotada de un corazón que la lleva a compartir con los demás. ¿Qué entiendo yo por esto? Suponed que la gente ve de pronto a un niño a punto de caer en un pozo. Todo el mundo quedará espantado y se moverá a compasión. No será por el motivo de ser reconocido por los padres de esa criatura. Tampoco será para alcanzar buena reputación entre vecinos y amigos. Tampoco será por evitar la vergüenza de que nos critiquen.

Con esto se muestra que, sin un corazón inclinado a compartir, no se es humano. Sin un corazón que experimente la vergüenza, no se es humano. Sin un corazón dotado de moderación y sensibilidad hacia los demás, no se es humano. Sin un corazón que distinga lo verdadero de lo falso, no se es humano.

Un corazón que se compadece es el germen del sentido humanitario. Un corazón que reconoce lo que le avergüenza es el germen del sentido moral (Mencius/ Mengi, II A 6).

Esta tarea de reconocimiento-reparación es la que de forma detallada y con una profunda fundamentación teológico-moral analiza Carolina Montero. Entresaca de la mejor tradición bíblica este movimiento del corazón, rastrea en la tradición cristiana los más preciosos textos, selecciona con acierto la presencia honda en el Magisterio y con inteligencia sabe encontrar ese dinamismo ético en las experiencias humanas de la justicia, el perdón y la compasión.

Por eso, cuando la autora afirma que toda reparación es simbólica, pues nada vuelve atrás, nada del pasado puede ser cambiado, está afirmando una realidad honda y central. La reparación de Jesús es nada más y nada menos que un símbolo, el símbolo más hondo de lo real que expresa el centro de la realidad, la profunda vocación de todas las cosas, la profunda naturalidad del perdón, la paz, la compasión, la justicia.

Por eso, cuando nos preguntamos como seres humanos: ¿Qué hacer ante la herida del herido? El dinamismo ético, el movimiento del corazón humano es sencilla y claramente sanar y salvar, curar y cuidar, reparar y recrear.

Jesús, el gran curador, ha vendado todas las heridas. Jesús, el gran reconciliador, ha vencido todas las rupturas. Jesús, el gran tapiz del mundo, ha anudado todos los cabos sueltos. Jesús, el gran compasivo, ha restaurado todas las brechas sociales.

La lanzada es el gran símbolo. Jesús se expuso ante los otros, se expuso en lo alto, dejó que su cuerpo fuera traspasado, que su cuerpo fuera abierto. Desde su cuerpo vulnerado fue capaz de amar, perdonar, reparar. Desde su cuerpo roto manó un espíritu y una vocación profundamente humana a la paz, a la reconciliación y a la reparación.

Carolina Montero presenta una visión amplia y honda de la reparación. Jesús repara en su vida pública, en su pasión y en su resurrección. Jesús, el gran reparador, repara con sus manos tocando, repara dialogando con palabras, repara dignificando y liberando con sus encuentros en público. Al ciego le toca los ojos, le quita la capa de mendigo y lo separa del borde del camino para comenzar una nueva senda. Jesús repara no desde fuera como un magnánimo benefactor, sino activando las potencialidades internas de las personas y animando la fe dormida que habita en nosotros y nos salva. Por eso, el espíritu de Jesús resucitado repara la fragilidad de Pedro después de negarle en la pasión, repara la falta de reconocimiento de los de Emaús ofreciendo de nuevo su gesto de partir el pan y ofrecer el vino, repara la falta de fe de los discípulos sin dejar de presentarse con sus heridas de la pasión.

Miguel Hernández, en un bello poema, habló de las tres heridas de la vida, del amor y de la muerte. Carolina Montero nos presenta sus tres conceptos vinculados por la línea de la vida, del amor y de la muerte, sus tres heridas: vulnerabilidad, reconocimiento y reparación.

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Esta delgada línea roja, esta dinámica de la vida moral, estas venas abiertas del dolor humano son las que describe detenida y serenamente el libro de Carolina Montero con palabras altas, justas y precisas. Con la tríada ética que propone, plantea no solo una idea, sino una senda, un camino del corazón, una propuesta de vida.

Ese camino moral es un camino no solo teológico, sino profundamente humano. La autora describe las profundas dinámicas humanas, profundamente humanas, que subyacen a la justicia, la compasión y el perdón. En todas ellas busca y encuentra ese dinamismo ético humanizador.

Los cristianos seguimos a un Dios vulnerable y a un Dios vulnerado, a un Dios lleno de pasión por los seres humanos y no apático, un Dios lleno de agujeros y no un tapagujeros, un Dios que no aniquila el dolor, sino que lo acompaña, un Dios obediente a su padre, pero que se resiste con profunda humanidad al umbral de la muerte en Getsemaní, un Dios que da la vida por los amigos y un Dios entregado a la muerte y abandonado, un Dios expuesto en lo alto del monte Gólgota y un Dios que rompe el velo del templo.

Frente a estoicismos y socratismos, voluntarismos e intelectualismos, que consideran la realidad y la historia dominables y transformables, la vulnerabilidad, la debilidad y la humillación de los impotentes que no pueden transformar la realidad muestran un corazón profundamente humano que espera la redención, apuntan a una finitud que se hace ofrenda y súplica, a una vida que agradece lo recibido, pero

anhela la plenitud. Frente a los que desde un platonismo y estoicismo consideran la vulnerabilidad como una desconfianza o una debilidad, nuestra tradición bíblica no solo muestra a mujeres derramando lágrimas ante Dios como Ana (1Sam 1,9-15), sino al propio Jesucristo llorando y temblando ante la ciudad, ante Lázaro, ante la muerte en Getsemaní. El Dios personal cristiano lleva consigo la idea de amor compasivo. La novedad cristiana de las ideas de ágape y solidaridad hace necesario hablar de la pasión y compasión de Dios. El Dios bíblico personal, temporal, compasivo es muy distinto del griego, ser eterno e inmutable. La teología mística, los Padres de la Iglesia y la espiritualidad popular han hablado de pasión de amor y compasión divina (Orígenes, san Bernardo, san Ignacio de Antioquía, etc.). La encarnación conlleva sufrir con los seres humanos y la pasión hacer sufrir al Padre al ver morir a su Hijo. Moltmann, Pannenberg, Balthasar, Küng y Barth reclaman con lucidez la integración del sufrimiento en el ámbito divino. Jesús dijo literalmente “bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados”. El consuelo y la compasión son rasgos claros del corazón maternal de Dios: “¿Puede acaso una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría” (Is 49, 14-15). “Como cuando a uno le consuela su madre, así yo os consolaré a vosotros” (Is 66,13).

Carolina Montero tiene una gran capacidad de aprender de otros y de integrar. Sus años de estudio en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid le han puesto en contacto con muchas de las líneas de investigación teológicas que se realizan en nuestra Facultad de Teología. Con todas ha vibrado, se ha apasionado y de todas ha aprendido, ha sabido sacar fruto para su camino y su intuición. En estas

páginas que siguen nos ofrece el resultado de muchos años de vulnerabilidad, reconocimiento y reparación personales y el resultado de sus años de estudio e investigación en la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid. Agradecemos mucho su trabajo, su investigación, su síntesis personal y su propuesta ética y teológica clavada en el corazón del hombre y la mujer, y en el corazón del Dios profundamente humano.

JAVIER DE LA TORRE DÍAZ
Director Cátedra Bioética y Profesor de Teología Moral
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)



INTRODUCCIÓN

El tema de esta investigación nace de algunas experiencias personales significativas, de preguntas persistentes y de muchos rostros. Nace de lo recibido como don gratuito, herencia de las búsquedas, la fidelidad y el testimonio de muchas Esclavas del Sagrado Corazón, y del deseo de profundizar en la misión que se nos ha confiado: la Reparación. A lo largo de los años, he reconocido una y otra vez que la posibilidad de responder con la propia vida a esa misión se sostiene en Otro, que pone en camino y abre al encuentro reparador con tantos —y tantas— en su vulnerabilidad y deseos más hondos. Todo el trabajo que ha venido después los ha tenido permanentemente de fondo, como ancla que se resistía a que la abstracción tomara rumbo propio entre tantas ideas y palabras. Quizás la primera afirmación ha de ser esta, que lo que a continuación se desarrollará intenta no perder de vista a las personas, vínculos y experiencias concretas que han motivado la profundización en este tema.

Las preguntas tienen relación con lo que aparece a simple vista en las relaciones cotidianas, en los medios de comunicación social, en cómo organizamos nuestras sociedades. Algo hay, en la vulnerabilidad propia y ajena, que nos genera reacciones ambiguas. ¿Por qué algunas vulnerabilidades nos acercan, nos comprometen, nos abren hacia el otro vulnerable, y otras nos generan rechazo, distancia o, peor, nos hacen cerrar los ojos y dejarlas en la periferia de nuestros

sentidos, nuestras ciudades y nuestras vidas? ¿Cómo hemos llegado a convencernos de que ser fuertes y autosuficientes es mejor? ¿Por qué en ocasiones vislumbramos que, muy por el contrario, mostrarnos vulnerables nos humaniza?

Todos necesitamos, en algunos momentos imperiosamente, que alguien —muchos alguien o al menos algunos— no solo no vulnere nuestra vulnerabilidad, sino más, que la vean, que la reconozcan. Que reconociéndola —aceptándola como verdadera y viendo en ella la impronta de nuestra humanidad— sostengan en sus miradas el respeto, la aceptación, el amor, hacia ella. Que reconociendo la existencia de esa vulnerabilidad, puedan ver el conjunto —que no es solo vulnerabilidad, aunque también verdaderamente es vulnerable— y lo valoren.

Lo anterior no significa en absoluto que la explotación de la vulnerabilidad, de situaciones de extrema pobreza o indefensión, no sea deshumanizante. Baste, para fundamentar esta afirmación por ahora, con hacer una breve lista de personas y grupos sociales que han quedado en los márgenes de la sociedad global, justamente porque ha habido abuso de su vulnerabilidad particular: discapacitados, ancianos, enfermos psíquicos, presos, refugiados, desplazados, minorías étnicas, etc.

Quizás lo más llamativo es que, conscientes de lo primero —todos tenemos experiencia de la necesidad de ser reconocidos en nuestra vulnerabilidad personal— y de lo segundo —la explotación del vulnerable es un abuso que atenta contra su dignidad— seguimos sintiéndonos incómodos ante la vulnerabilidad. Esto va condicionando nuestra manera de reaccionar y de relacionarnos, ciertamente, pero más aún, también de legislar y de deliberar acerca de lo justo, lo bueno, lo ético.

Por otro lado constatamos que como consecuencia de esta misma vulnerabilidad, las rupturas en la autodefinición, en las relaciones interpersonales, en la confianza hacia los otros, también son experiencia humana universal. Las relaciones, afectos y vínculos nos exponen a ser heridos, porque cuando se rompen, se rompe también algo de nosotros. Internalizamos la ruptura y vivimos el dolor de la pérdida, que se expresa en una variada gama de posibilidades: sufrimiento, ira, inseguridad, negación, etc.¹.

Probablemente, todos hemos tenido la experiencia de ser heridos alguna vez por una persona amada. Por infidelidad, por indiferencia, por pequeñez o por torpeza, todas las relaciones significativas pueden ser ocasión de sufrimiento. Hay relaciones que ante un daño de grandes proporciones, sencillamente se rompen. Hay otras, sin embargo, que al enfrentarse a la ruptura, elaborarla e integrarla, parecen salir fortalecidas. ¿Cuál es la diferencia que marca el camino entre una y otra posibilidad?

Hay situaciones de ruptura que, por extremas, terminan ‘rompiendo’ no solo el vínculo sino a la persona, cerrando caminos para su progresiva plenitud. Hay personas que, por diferentes motivos, pueden ‘romperse’ donde otras no lo harían, aunque lo común a nuestra universal vulnerabilidad es la posibilidad de que las rupturas padecidas, o las que hacemos padecer, nos terminen deshumanizando. Aun así, la experiencia enseña que es también innegablemente humana la capacidad de hacer de estas mismas heridas o daños —tanto padecidos como provocados— ocasión de crecer y de ahondar en nuestra más auténtica humanidad. Ante un mismo daño, ¿qué hace que sea ocasión de derrumbe de la persona —o de la relación— o hito de tal densidad existencial que la empuje hacia mayor profundidad, más auténtica humanidad?

Si trasladamos esto del ámbito personal, intersubjetivo, al ámbito social, nos encontramos con elementos similares. Cuando nos acercamos a los procesos de reconciliación de los pueblos que han padecido la polarización de sus miembros en torno a ideologías antagónicas, la violencia institucionalizada y el desprecio radical a la dignidad o la vida de sus seres queridos —como Sudáfrica, Chile o Timor Oriental— nos encontramos con que todo el esfuerzo posterior para recuperar la paz y la convivencia armónica gira en torno a la reparación de esas profundas rupturas. Podemos preguntarnos: ¿Por qué fracasan tantas políticas de reparación de los estados que, bien intencionadamente, buscan recuperar la paz social? ¿Por qué en algunas culturas los mismos procesos tienen más éxito para reconciliar a sus miembros que en otras?

La intuición de fondo es que la manera de comprender vulnerabilidad, reconocimiento y reparación es fundamental. Pero, más aún, que las tres han de estar articuladas, constituyendo un movimiento único, para que la reparación sea realmente tal tanto a nivel social como intersubjetivo. El objetivo de esta investigación será entonces el fundamentar cómo las tres categorías —vulnerabilidad, reconocimiento y reparación— conforman una tríada ética, es decir, tres momentos de un solo ‘movimiento’ o dinamismo ético que de hecho se da en la experiencia humana tanto a nivel intersubjetivo como social.

La vulnerabilidad humana ha sido abordada desde diversas perspectivas teológicas. La teología de la creación, la cristología, la antropología teológica, y la espiritualidad, por mencionar algunas, van aludiendo a diversos aspectos de dicha vulnerabilidad, aunque

no necesariamente explicitándola como término específico², en conceptos como finitud, criaturalidad, *kénosis*, etc.

El reconocimiento, hasta donde tenemos noticia, no ha sido estudiado como categoría teológica propiamente tal, aunque sí se puede rastrear lo que entenderemos por ella en diversas disciplinas teológicas (como la moral social, el derecho canónico y la espiritualidad). Creemos que esto no tardará en cambiar, por la relevancia que la categoría de reconocimiento está teniendo en el ámbito de la filosofía.

La reparación es, de las tres, la única categoría que tiene trayectoria teológica larga y conocida, aunque generalmente se relaciona unilateralmente con la manera en que la comprende la teología espiritual francesa del s. XIX³. Esta perspectiva se distancia del significado de la reparación que encontraremos en el planteamiento antropológico-filosófico. Para los propósitos de esta investigación, baste con señalar que hay una diferencia entre ambas, delimitando nuestro objeto de estudio a la reparación como categoría antropológica dentro de la teología moral.

En la primera parte de la investigación nos aproximaremos a la vulnerabilidad, el reconocimiento y la reparación, con una metodología más bien descriptiva, desde las ciencias humanas (capítulos I y III). Tendrán relevancia particular las diversas perspectivas filosóficas que estudiaremos, pero también señalaremos algunos aportes de la psicología, la bioética y los derechos humanos. Una vez puestos de relieve diversos matices de cada término, el segundo paso será acotar de manera integradora, coherente y funcional la definición de cada uno para los propósitos de esta investigación. Dicha definición será propuesta como síntesis correspondiente a cada capítulo.

Ahora bien, el objetivo de esta investigación no es hacer un estudio paralelo de tres categorías éticas afines pero separadas, sino presentarlas de manera que quede explícita su articulación, constituyendo un dinamismo ético en el que cada paso o momento depende de la elección que se haga con respecto al anterior. Por tanto, una vez definidas, expon-dremos sus características comunes y nos detendremos en el análisis de la tríada propiamente tal (capítulo IV).

Una vez fundamentada la tríada desde una perspectiva antropológica, nos propondremos responder a la siguiente pregunta: Este dinamismo ético ¿puede ser considerado praxis auténticamente cristiana? Para poder responder, dedica-remos la segunda parte de la investigación a fundamentar la tríada ética desde las fuentes de la teología moral.

El Concilio Vaticano II, en el Decreto *Optatam Totius*, exhorta a la renovación de la teología moral a partir de su exposición científica “alimentada en mayor grado con la doctrina de la Sagrada Escritura”⁴. El mismo Concilio, en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, se propone abordar la realidad “a la luz del Evangelio y la experiencia humana”⁵. Los lugares normativos de la epistemología del discurso teológico moral son la Sagrada Escritura, la Tradición de la Iglesia y la experiencia humana. Por tanto, usando como herramienta metodológica el análisis de textos, profundiza-remos en la fundamentación bíblica de la tríada (capítulos V y VI) y luego señalaremos su coherencia con la ética cristiana desde la experiencia humana iluminada por la tradición de la Iglesia (capítulo VII).

Nos parece relevante hacer aquí una última precisión metodológica. Aun cuando, por ejemplo, la vulnerabilidad ha sido planteada como principio de la bioética europea o la reparación se ha vinculado más bien a la moral social, en esta

propuesta estamos situando la tríada ética en el ámbito del tratado de moral fundamental.

El movimiento ético que postulamos, articulado por la vulnerabilidad y el reconocimiento que conducen a la reparación, no se puede restringir a un solo ámbito de la moral sino más bien se concreta y manifiesta en todos ellos. Como decíamos al comenzar, la experiencia humana da testimonio de múltiples ejemplos, desde las relaciones personales más cotidianas hasta las políticas internacionales, desde las pequeñas heridas que marcan nuestro crecer hasta aquellas rupturas que son hitos traumáticos en la historia humana, de cómo elegimos situarnos ante la vulnerabilidad, a quiénes reconocemos, y cómo elegimos —o no— reparar. De las experiencias más extremas a las más cotidianas, ciertamente hay una distancia considerable tanto por su magnitud como por la potencialidad devastadora de sus efectos. Sin embargo, nos parece, ponen de relieve una dinámica ética común: la tríada vulnerabilidad-reconocimiento-reparación que, en definitiva, tiene como núcleo central al ser humano y sus relaciones en su dimensión ética más estructural y constituyente.

Finalmente, a nuestro juicio, esta tríada ética pertenece a la moral fundamental, porque se vincula con aspectos de otros tratados de teología dogmática que la sitúan en los fundamentos de la moral. Ponderemos un solo ejemplo de lo anterior, particularmente significativo en el transcurso de la investigación.

La pregunta acerca de lo irreparable ha estado de fondo a lo largo de nuestra reflexión. Constatamos que hay daños que deshumanizan. Hay personas y comunidades que no logran sobreponerse a aquellas rupturas o violaciones de sus derechos y de su dignidad, de manera que su identidad

queda no solo marcada, sino atrapada por lo que han vivido. Particularmente, tras el holocausto se ha afirmado la existencia de actos —y daños— irreparables. La tríada ética se vincula así con temas de otros tratados teológicos, como la gracia, la salvación y el pecado. ¿Es posible sostener coherentemente desde la fe cristiana que habría daños irreparables? La pregunta nos posiciona desde la moral fundamental y nos orienta a buscar respuestas en el conjunto de la fundamentación tanto antropológica como teológica.

Comenzamos la reflexión incorporando todas estas preguntas y dejándonos orientar por dos convicciones que se vinculan a la experiencia del encuentro con otros y con el Otro. Es necesario explicitarlas, pues son un a priori que atraviesa transversalmente la reflexión que presentamos: creemos que desde la relación con “Aquel a quien traspasaron”⁶ se pueden contemplar todas las rupturas de la humanidad⁷ con esperanza. Y creemos que la común vulnerabilidad que nos hermana es en realidad condición de posibilidad para colaborar con él, por él y en él en la reparación de todo aquello que resta vida y plenitud al hombre y a la mujer, a la comunidad humana.

Notas:

- ¹ Cf. B. Loveman - E. Lira, *Las Suaves Cenizas del Olvido: Via Chilena de Reconciliación Política 1814-1932*, LOM Ediciones, Santiago 1999, 15-16.
- ² Hay algunos autores que sí abordan la categoría de vulnerabilidad como categoría teológica propiamente tal, por ejemplo: I. Boné Pina, *Human Vulnerability and God's Grace. A Theological Conversation with Psychiatry and Philosophy*, Berkeley (California) 2003; M. Flynn, *Holy Vulnerability: the Risks of Opening Up to God*, Fresh Wind Ministries, Aurora (Colorado) 1990; W. Placher, *Narratives of a vulnerable God: Christ, Theology and Scripture*, Westminster John Knox Press, Louisville (Kentucky) 1994, etc. Es significativo caer en la cuenta que son publicaciones más bien recientes, pues la comprensión actual asociada al término vulnerabilidad también lo es. Un dato para comprobar lo anteriormente dicho: en las cuatro últimas conferencias episcopales latinoamericanas (Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida), el concepto de *vulnerabilidad* / *vulnerables* no aparece hasta Santo Domingo (1992), donde figura solo una vez (cf. n.º 141) en relación con los sectores sociales en mayor riesgo. En Aparecida, sin embargo, *vulnerabilidad* aparece tres veces, refiriéndose a los mismos (en este caso especificando: agricultores frente a industrias biomédicas, n.º 83; niños, n.º 456, y mujeres, n.º 476), y *vulnerables* otras ocho veces.
- ³ “Uno de los principales problemas con que nos enfrentamos hoy al pretender abordar un tema como el de la “*reparación*” es el del *significado del concepto*. La palabra “reparación” la entendemos habitualmente —al menos en el ámbito religioso y teológico— en el sentido en el que fue usada por la *espiritualidad moderna*, históricamente marcada y configurada por la experiencia “tipo” de *Sta. Margarita M^a de Alacoque* y validada por la encíclica de Pío XI, *Miserentissimus Redemptor* (1928)”. N. Martínez Gayol (dir.), *Retorno de amor. Teología, historia y espiritualidad de la reparación*, Ed. Sígueme, Salamanca 2008, 65. Esta publicación ofrece una profunda reformulación teológica, más propiamente dogmática, de la categoría reparación.
- ⁴ Concilio Vaticano II, Decreto *Optatum Totius*, 16.
- ⁵ Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 46.
- ⁶ Jn 19, 37.
- ⁷ Cf. *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, 107.